

ración suya sobre *un solo tema*, cuál es el *motivo central* (lo que llamamos en lenguaje comparativista *Kernmotiv*), es decir, la idea abstracta que domina e individualiza la creación sabatiana. Tal motivo central sería, en fondo, la fuerza cardinal que ha empujado al escritor a plasmar en palabras su proceso mental, a liberarse; todo lo demás, o sea lo factual (*Stoff*), la concatenación de hechos e ideas, no formaría más que el material literario de sus escritos. De nuevo el autor nos señala otra clave: «Escribir al menos para eternizar algo: un amor, un acto de heroísmo, ... un éxtasis. Acceder a lo absoluto» (A, 15).

La *eternidad* y lo *absoluto*; he aquí un binomio que atormenta exclusivamente a todo gran novelista auténtico.

Veamos el primer factor de ese motivo binomial, ya que Sábato nos asegura que «Una de las raíces metafísicas de la obra de arte es la necesidad que el hombre tiene de eternizar» (H, 177). Coincide en sus disquisiciones con Sartre (5) en que la eternidad es cosa diferente de la inmortalidad: «la eternidad es un presente: el tiempo no existe. ... la inmortalidad, por el contrario, es el paso del tiempo, la conversión del anhelado futuro en pasado...», pero difiere del concepto sartriano de que cualquier evento banal fuera un absoluto. Para Sábato «En el éxtasis amoroso o religioso el hombre se coloca fuera del tiempo, convierte el instante en absoluto. En ese momento teopático entra en contacto con la eternidad» (EF, 177; H, 176-177).

*Eternidad-absoluto*, un binomio filosófico que requiere una larga y espinosa búsqueda, madurante, generadora de actos creadores. Deducimos sin ambages que su novelística se engendró durante este incesante buscar, a base de una concepción filosófica personal, cada vez más expresa, siempre lúcida y coherente (6). Sábato recalca que «ocurre que en muchas grandes novelas no sólo estemos en presencia de una filosofía implícita en su carácter y atmósfera general (como en el caso de Kafka), en los actos y sentimientos de sus personajes (como en el caso de Faulkner), sino que incluso puede haber en sus páginas auténticas, prolongadas y rigurosas discusiones de ideas que no podemos llamar sino filosóficas...» (EF, 265).

---

(5) En *La responsabilité de l'écrivain*. Conferencia de Jean Paul Sartre, presentada en la Sorbona, París, con motivo de la primera asamblea general de la UNESCO, (1 de noviembre de 1946); publicada en *Les conférences de l'UNESCO*, Éditions de la Revue Fontaine, París, 1947, pp. 57-73.

(6) Aunque en *Abaddón* afirma que no debe su posición filosófica a ningún maestro: «... como no tengo profesores a quienes dejar mal, soy un completo irresponsable» (p. 378), reconoce la influencia mayor de Pedro Henríquez Ureña (en una admirable presentación que le hace en *Apologías y rechazos*) y del gran filósofo Alejandro Korn, por sus enseñanzas antipositivistas.

Al cabo de tres décadas de intensa actividad literaria, aparece una larga novela en que convergen todas las ideas y temas filosóficos que Ernesto Sábato ha venido incluyendo en sus previos escritos: *Abadón, el exterminador*. En este ápice de su creación las realidades del mundo de hoy y los infinitos de la mente o del alma humanas están constantemente sujetos a la perpetua indagación de absoluto y eternidad, la gran búsqueda del conocimiento de éstos:

Una novela sobre esa búsqueda del absoluto, esa locura de adolescentes pero también de hombres que no quieren o no pueden dejar de serlo.

Y aunque ciertos juicios críticos no lograron desenmarañarse en la heterogeneidad de elementos que integran este libro, el inmenso barullo y la chismografía porteñas que invaden sus diálogos o los entrecruzamientos de paradójales destinos, Sábato hace un aforo de lo que es una verdadera novela y la relación que hay entre lo factual (Stoff) y el tema o motivo (Kernmotiv), apreciación que nos podrá servir como subclave de la motivación filosófica de su creación:

Además, una novela profunda no puede ser metafísica, pues debajo de los problemas familiares, económicos, sociales y políticos en que los hombres se debaten están siempre los problemas últimos de la existencia: la angustia, el deseo de poder, la perplejidad y el temor ante la muerte, el anhelo de absoluto y de eternidad, la rebeldía ante el absurdo de la existencia (EF, 264).

Pero Sábato alcanzó en esta novela de título apocalíptico la fase suprema de una encuesta mística, comenzada tímidamente en sus narraciones anteriores, que hace de esta obra un libro único en las letras hispanoamericanas. Se trata de una visión de la realidad que refleja los cánones de aquella antiquísima y olvidada enseñanza que solía llamarse *gnosticismo*. Cómo ha llegado a esto y cuáles son los elementos que se revelan serán materia de este ensayo que trataremos de exponer dentro de los límites de espacio.

Comienza la odisea intelectual de Ernesto Sábato con un período apasionado y doctrinal que representa sus años universitarios. Corresponde esto a su interés por la actividad política y culmina en su desempeño como alto miembro de la Federación Juvenil Comunista, para acabar bruscamente por una «salida de emergencia» cuando es-

taba camino a Moscú. Confiesa: «...huí del movimiento stalinista en 1935, en Bruselas, sin dinero, sin documentos» (A, 281).

De este período le quedaría para siempre la desilusión romántica, alimentada por su permanente clarividencia desesperada en cuanto a la revolución: «Claro, cómo no admirar a Guevara. Pero sorda y tristemente algo le murmuraba que en 1917 la revolución rusa también ha sido romántica, grandes poetas la habían cantado. Porque toda revolución, por pura que sea, y sobre todo si lo es, está destinada a convertirse en una sucia y policial burocracia, mientras los mejores espíritus concluyen en las mazmorras o en los manicomios» (A, 204).

Es muy posible que Sábato conociera las intolerantes críticas de los comunistas que, motivados o no, nunca aguantan a los que les desenmascaran:

—...¿Te das cuenta de que soy un reaccionario? Al menos lo que ustedes los marxistas piensan de mí.

—No todos los marxistas.

—Caramba, menos mal. Basta que diga mito o metafísica para que en seguida me acusen de recibir dinero de la embajada norteamericana (A, 210).

Parte del proceso intelectual de aspiración ascendente y búsqueda, de esta época le permanece su bien definida conciencia social, la crítica áspera pero siempre fundamentalmente argumentada del marxismo como actitud y enfoque, y, lo más importante, una gran nostalgia por el anarquismo (7). Sigue sintiéndose «un anarquista aristocrático o reaccionario que odiaba esta civilización, una civilización que inventa la aspirina, "porque ni siquiera es capaz de soportar un dolor de cabeza"» (A, 273).

Pasada esta etapa de interés *somático* —para usar el término filosófico que mejor se aplicaría a la visión sabatiana— quedan resultados espirituales que se aunarán a la suma de sus reflexiones vitales, entre éstas la que recalca en su último libro de ensayos, *Apologías y rechazos* (8), de que el hombre deberá seguir luchando para «que supere esas antítesis en que hasta hoy nos debatimos: o un indivi-

---

(7) Ya en SHT había presentado la figura luminosa del anarquista español Iglesias, víctima de la conspiración de los Ciegos. En A evoca, dentro de una conversación con un obrero analfabeto, la imagen de *Luvi*, un anarquista europeo que enseñaba la doctrina a los trabajadores argentinos del campo a comienzos de este siglo. Más sobre este tema en el ensayo «The Anarchism of Two River Plate Writers: Horacio Quiroga and Ernesto Sábato», presentado por Paul Teodorescu en el Primer Simpósium Internacional sobre el anarquismo (17 a 24 de febrero de 1980, Portland, Oregón) publicado en las Actas del Simpósium. Véase también: Paul G. Teodorescu: «El camino de la ideología sociopolítica de Horacio Quiroga», en *Ideologies and Literature*, vol. 3, núm. 12, March-May 1980, pp. 16-74.

(8) Barcelona, Seix Barral, 1980, 2.ª edición, abreviación: AR.